

## CAPITULO II.

\*\*\*\*\*

No ignoraba Jacobo ninguno de los rodeos de la astucia veneciana. Sabia muy bien la infatigable constancia con que los Consejos, por medio de sus agentes, seguian los movimientos de aquellos cuyas

acciones les interesaba averiguar ; pero no por esto se lisonjaba de haber obtenido todas las ventajas que al parecer le procuraban las circunstancias. Annina estaba indudablemente en sus manos, y era imposible que hubiese dado parte de cuanto acababa de saber por medio de Gelsomina. Pero un gesto, una mirada al pasar por delante de la puerta de la carcel, la demostración de hallarse violenta, ó una simple exclamacion podian despertar las sospechas de millares de espías asalariados por la policía ; y así creyó que lo primero y mas importante era llevar á Annina á parage seguro, pues volver al palacio de don Camilo era arrojarle en medio de los satélites del Senado. Sin embargo, aunque el señor napolitano, contando con su rango é influencia, hubiese preferido dar libertad á una doncella mas bien que retenerla en su poder despues de haberse

enterado de cuanto ella sabia, era negado ya el caso de dejarla ir libre, porque podia comunicar á los empleados de la policía las noticias necesarias para apoderarse de nuevo de las fugitivas. Continuaba navegando la góndola y dejando tras sí los palacios y demás edificios : la impaciente Annina asomó á su vez la cabeza por la ventanilla para ver donde se hallaba, y viéndose en el puerto en medio de los navios, quedóse algo suspensa. Bajo pretexto de respirar como Gelsomina el ambiente de los canales, salió del pabellon y se acercó al gondolero.

— Quisiera desembarcar inmediatamente en la puerta del agua del palacio del Dux, le dijo poniéndole una moneda de plata en la mano.

— Sereis obedecida, *bella donna* ; pero, ¡diantre! mucho me admira que doncella

tan sagaz como vos no haya olfateado los tesoros que encierra esa falúa.

— *¿La Sorrentina?*

— ¿Pues que otro patron trae mejor vino al Lido? Modera tu impaciencia por llegar al palacio, hija del honrado Tomaso, y entra en ajuste con el patron; pues nosotros la gente de los canales te haremos gasto.

— ¿Conócesme por ventura...?

— Por la linda tabernera del Lido... No hay gondolero que no te conozca tanto como los muros de las lagunas.

— ¿Y por qué vas encubierto? ¿Eres acaso Luisito?

— ¿Qué importa que me llame Luis, Enrico ó Gorgio? Yo soy uno de tus par-

roquianos, y venero hasta el mas pequeño pelo de tus pestañas. Ya sabes, Annina, que nuestros jóvenes patricios tienen sus caprichos, y que nos han obligado bajo juramento á guardar sigilo hasta que haya pasado todo peligro de ser descubiertos. Si algun impertinente me siguiese, podria preguntarme adonde he estado al principiar la noche.

— Paréceme que lo mejor hubiera sido darte una moneda de oro y enviarte de hecho á tu casa.

— ¿Para que me siguieran hasta la puerta como á un judío denunciado? Cuando haya confundido mi barca entre un millar de otras, entonces será ocasion de quitarme la máscara. ¿Quieres subir á bordo de *La bella Sorrentina*?

— Inutil es preguntármelo cuando no



obedeces otras órdenes que las de tu propio capricho.

Sonrióse el gondolero é hizo una seña con la cabeza para darla á entender que penetraba sus secretos deseos. Annina dudaba aun si le haria ó no cambiar de resolucion cuando se detuvo junto á la falúa.

— ¿Entramos á hablar al patron? preguntó Jacobo.

— ¿Para qué, no habiendo vino?

— Yo sé mejor que tú lo que hay... Conozco al hombre y sus subterfugios.

— Pero ¿y mi prima?

Jacobo no respondió nada á esta pregunta: la tomó en sus brazos con un aire entre galán y resuelto; colocóla en la cubierta de *La Sorrentina*, y en seguida saltó él mismo

sin darla lugar á pensar un solo minuto sobre lo que la pasaba, obligándola á bajar á la cámara, donde la dejó cada vez mas sorprendida de semejante procedimiento, bien que decidida á no manifestar á un extraño la manera como defraudaba los derechos de las aduanas.

Dormia á la sazón Estéfano en la cubierta sobre una vela. Jacobo le tocó con el pie, y despertando sobresaltado vió delante de sí al supuesto Rodrigo.

— Perdonad, *signore*, dijo el patron levantándose con apresuramiento, ¿Ha llegado ya el cargamento?

— Una parte. Acabo de traer á cierta Annina Torti, hija del viejo Tomaso Torti, tabernero del Lido.

— ¡*Malre Santa!* ¿Conviene acaso al

Senado desterrar de la ciudad á esa joven ?

— Sí; y su detencion es para él de la mayor importancia. La he traído hasta aquí sin que sospechase mi designio, so pretexto de que tú podrias proporcionarla buen vino en secreto. Así pues, queda á tu cargo el que no pueda salir del barco.

— Nada mas facil, respondió Estéfano corriendo hácia el camarote y echando el cerrojo de la puerta.

— Muy bien; leva ahora el ancla, y vé á situarte á la cabeza de todos estos navios.

— Dentro de cinco minutos todo estará ejecutado.

— Pues no te detengas, porque grandes cosas dependen del modo con que desempeñes tan delicado encargo. En breve volveré á verte. Cuidado con ello, Estéfano: vigi-

la tu prisionera, porque el Senado tiene el mayor interés en que no logre fugarse.

El calabrés hizo el gesto significativo de un hombre iniciado en un misterio, y que quiere expresar la confianza que tiene en su destreza. Mientras que el creído Rodrigo saltaba á su góndola, Estéfano despertó á los marineros, y al llegar Jacobo al canal de S. Marcos, ya estaban desplegadas las velas de la falúa, y salía el calabrés por entre los navios surtos en el puerto, para ir á fondear mas lejos.

La góndola arribó en pocos minutos á la puerta del agua del palacio. Gelsomina entró en él y subió la escalera por donde habia salido. Todavía estaba de faccion el mismo alabardero, que le habló como antes en términos de galantería sin oponerse á su paso.

— ¡Aprisa, nobles señoras, aprisa, por

la Virgen María! exclamó Gelsomina entrando aceleradamente en la estancia donde doña Violeta y el aya aguardaban su regreso. Mi debilidad por poco os es funesta, y así no hay que perder un momento. Seguidme, y no os detengais ni aun para respirar.

— ¡Estás turbada y sin aliento! dijo doña Florinda. ¿Has visto al duque de Sta. Agueda?

— Nada me preguntéis, sino pensad en seguirme.

Gelsomina tomó la lámpara, y dándoles una mirada como para suplicarlas fuesen tras de ella, salió del aposento. No es necesario decir si las damas la siguieron.

Fuera ya de la prision sin ningun obstáculo, pasaron el puente de los Suspiros, pues Gelsomina, como se ha dicho, con-

servaba todavía en su poder las llaves. Bajaron la escalera principal del palacio, y habiendo llegado á la galeria abierta sin encontrar á nadie, atravesaron el palacio hallándose en breve en la puerta del agua donde las esperaba Jacobo.

Al instante surcó su góndola las aguas del puerto con direccion á la falúa, cuya blanca vela se distinguia con la claridad de la luna, ya hinchada por el viento ó ya pegada al mastil, segun que los marineros aceleraban ó retardaban la marcha. Sumamente conmovida, siguióles Gelsomina con la vista algunos instantes, y atravesando despues el puente del muelle, entró de nuevo en la prision por la puerta pública.

—¿Queda bien asegurada la hija del viejo Tomaso? preguntó Jacobo al entrar por segunda vez en *La bella Sorrentina*.

— Tan segura como el lastre que sigue

el movimiento del agua, ya á un lado del camarote ya á otro: ved el cerrojo echado en la puerta, Maese Rodrigo.

— Muy bien. Aquí te traigo mas cargamento. ¿Tienes corriente el pase para presentarlo á la galera de guardia?

— Todo está á la vela, señor. ¿Vióse alguna vez que olvidase Estéfano Milano las precauciones necesarias en el momento crítico? ¿Por vida...! Dejad que venga la brisa, que aunque el Senado quisiera volver á llamarnos, en vano haria correr tras de nosotros á todos sus esbirros.

— Buen Estéfano, despliega todas tus velas, porque nuestros amos vigilan hasta el menor de tus movimientos y toman el mas vivo interés en tu diligencia.

Mientras que el calabrés ejecutaba esta

orden, Jacobo ayudó á salir á las damas de la góndola: desplegarónse sus velas en un minuto, y la espuma que despedían los costados del buque anunció que todo estaba en movimiento.

— Llevas de pasageras á unas nobles señoras, dijo Jacobo al patron cuando concluyó las necesarias faenas; y aunque razones políticas exigen alejarlas de la ciudad por cierto tiempo, tambien se quiere que obedezcas y consultes hasta sus menores deseos.

— Perded cuidado, maese Rodrigo; pero aun no me habeis dado las instrucciones necesarias acerca de mi destino. Una falúa que ignora el rumbo que lleva, es lo mismo que un buho en pleno día.

— En breve lo sabrás: un ministro de policia vendrá á tratar de este asunto con-

tigo... Ahora escucha: no quisiera que mientras esas nobles señoras estén á tu bordo sepan que viajan en compañía de una muger como Annina, pues podrian quejarse de que se les faltaba al respeto. ¿Lo entiendes, Estéfano?

— ¡Votová! ¿Soy loco ó tonto? Si por tal me teneis, ¿á que valerse de mí el Senado? Esa muchacha permanecerá donde queda, y con eso no la verán las damas. En tanto que quieran respirar el aire de la noche, no les incomodará con su presencia.

— Bien; voy tranquilo sobre ese punto. Marcha á esperarme mas allá del Lido; y si antes de la una de esta noche no vuelves á verme, darás la vela para Ancona, donde recibirás nuevas órdenes.

Estéfano, que en muchas ocasiones recibiera instrucciones del pretendido Rodrigo,

ofreció seguir estrictamente las que acababan de comunicársele, y sin hablar mas palabra se separaron. Supónese que Jacobo instruyó á las dos fugitivas sobre el modo con que debian conducirse mientras estuviesen á bordo.

Jamás hendió las aguas la góndola de Jacobo con tanta rapidez como en aquel momento al dirigirse á tierra. En medio del continuo paso de infinitas barcas, no parecia probable que se distinguieran las maniobras de la suya. Seguro, pues, de no haber sido notado, llegó al muelle de la plaza sin que se hubiese observado las veces que habia pasado por delante de aquellos sitios, y quitándose la máscara que le encubria, saltó en tierra. Acercábase la hora en que habia citado á don Camilo Monforte, y atravesó lentamente la Piazzetta para llegar al sitio donde debia esperarle.

Jacobo, como ya queda dicho, acostumbraba á pasearse cabe las columnas de granito durante las primeras horas de la noche, y generalmente se creia que era para aguardar allí á los que le ocuparan en su tráfico de sangre, del mismo modo que los hombres ocupados en mas inocentes tratos acuden á un sitio fijo en el mercado. Al verle junto á la columna donde regularmente se apoyaba, ponian el mayor esmero en evitar su roce cuantos estimaban en algo su reputacion ó querian salvar las apariencias.

El perseguido, aunque tolerado Bravo, caminaba muy pausadamente por las losas para no faltar á la cita, sin darse prisa á llegar demasiado presto; pero antes de tocar en el puesto designado, entrególe un papel uno como sirviente y se alejó de él con presteza. Como Jacobo no sabia leer, pues en el siglo á que se refiere esta his-

toria vivian las personas de su condicion sumidas en la mas crasa ignorancia, detuvo al primero que encontró al paso, pidiéndole le leyese el papel que acababan de entregarle.

Era un honrado mercader que vivia en un barrio distante. Tomó el billete y comenzó á leer en voz alta lo siguiente: *Me han llamado á otra parte, y no puedo acudir á la cita, Jacobo...* Al pronunciar el lector este nombre dejó caer asustado el papel, y se retiró corriendo de aquel sitio.

El Bravo volvió lentamente al muelle, reflexionando en el desagradable acontecimiento que trastornaba todos sus planes; pero sintiendo que le tocaban en el hombro, volvió la cabeza para ver quien le llamaba, y se encontró con un hombre enmascarado.

— ¿Eres Jacobo Frontoni? le preguntó el encubierto.

— Él mismo.

— ¿Cumples fielmente con quien te emplea?

— Sí.

— Bien. En este bolsillo hallarás cien cequíes.

— ¿Qué vida esta en la balanza en contrapeso de este oro?

— La de don Camilo Monforte.

— ¡De don Camilo Monforte!...

— Sí... ¿Le conoces?

— Me le describis perfectamente, señor. Otro tanto daría él á su barbero por una sangría.

— Cumple como debes y se doblará la partida.

— Pero antes necesito la garantía de un nombre, pues no os conozco.

El desconocido miró con precaucion en derredor suyo, y levantando la máscara por un breve instante, descubrió al Bravo el rostro de Giácomo Gradenigo.

— ¿Te basta esta garantía?

— Sí, señor. ¿Y cuando...?

— Ahora, en este mismo instante.

— ¿Y he de dar el golpe á un hombre de su clase en su mismo palacio, ó en medio de sus placeres?

— Ven acá, Jacobo, y te diré lo necesario. ¿Llevas contigo una máscara?

El Bravo respondió afirmativamente con la cabeza.

— Cúbrete con ella el rostro, pues aquí no estás en buen olor... Entra en tu barca, é iré en breve á buscarte.

El joven patricio, que tambien estaba disfrazado, se apartó del Bravo para ir á reunirse con él en parage donde no pudiera ser reconocido. Jacobo sacó su barca de entre las muchas que se veian amarradas en el muelle, y alejóse á cierta distancia, bien seguro de que le seguian con la vista y de no estar mucho tiempo solo, en lo que no se equivocaba; porque á pocos instantes avanzó rápidamente hácia el una góndola de la que salieron dos hombres enmascarados para entrar en la suya sin proferir una sola palabra.

— Al Lido, dijo una voz que Jacobo reconoció por la de Giácomo.

Se ejecutó la orden, y la barca donde iba el joven Gradenigo les siguió á corta distancia. Luego que se hallaron bastante apartados de las otras barcas, y en sitio donde podian hablar sin temor de que nadie escuchase, salieron del pabellon los dos pasajeros, mandando por señas al Bravo que dejase el remo.

— ¿Estás en desempeñar mi encargo, Jacobo? le preguntó el disoluto hijo del senador Gradenigo.

— ¡Heriré al noble duque en medio de sus placeres?

— No es preciso. Hemos encontrado medio de sacarle de su palacio, y ahora se halla á tu disposicion, sin otra esperanza que la que le presten subrazo y su aliento. ¿Quieres cumplir mi mandato?

— Con mucho gusto, señor: me com-

plazco sobremanera en habérmelas con los valientes.

— Pues pronto quedarás satisfecho. El napolitano se ha interpuesto en..... ¿diré en mis amores, Oseas? ó hallas una expresion mas acomodada..

— ¡Justo Daniel! No guardais miramientos por la reputacion ni por la seguridad de nadie, señor Giácomo, interrumpió el israelita. Parece, maese Jacobo, no ser necesario dar un golpe mortal. Una buena herida, capaz de desterrar de la cabeza del duque toda idea de casamiento, á lo menos por algun tiempo, ó bien para dar lugar á pensamientos de penitencia, creo que pudiera...

— Pártele el corazon, dijo vivamente Giácomo. Sé que tu mano no yerra y por eso me he dirigido á ti.

— Esa es una venganza con usura, señor Giácomo, replicó el judío menos determinado. Basta para nuestros proyectos que el napolitano guardecama un mes por lo menos.

— Envíale al sepulcro, Jacobo. Atiende bien á lo que te digo. Cien cequies por el golpe; ciento de mas por que la herida sea tal, que nada quede que hacer; y últimamente otros ciento por arrojar su cuerpo en el canal Orfano de modo que el agua no descubra jamás nuestro secreto.

— Si se cumplen las dos condiciones, será prudente precaucion llevar á cabo la tercera, dijo para sí el judío: brilló circunspecto, que preferia los expedientes secundarios menos gravosos á la conciencia... Pero, señor Giácomo, ¿no quedarais contento con una herida..

— Ni un solo cequí daría entonces. Así tomarían mayor incremento las esperanzas de esa necia doncella, y excitaria mas y mas su compasion... ¿Aceptas mis condiciones, Jacobo?

— Quedan aceptadas.

— Siendo así, vamos al Lido, donde le encontrarás entre las tumbas de los amigos y parientes de Oseas... ¿A qué tirarme de la ropa, necio? ¿Crees engañar á un hombre como este con algun ridiculo artificio?... Sí, Jacobo, ahora hallarás á don Camilo entre los sepulcros de los judíos. Le hemos engañado por medio de una supuesta carta de la dama á cuya mano aspiramos ambos, y aguardará esperando con abandonar el pais en su compañía. Me fio de tí para que el napolitano no quede engañado ni pierda la ilusion, al menos

en lo que le concierne. ¿Me comprendes?

— Nada hay mas claro, señor.

— Basta. Ya me conoces, y puedes contar con lo que te ofreci si me sirves bien.... Oseas, hemos concluido.

Giácomo Gradenigo hizo una seña á su góndola para que se acercase, y entregando á Jacobo un bolsillo que contenia la primera cantidad ofrecida por la sangre que queria ver derramada, entró en su barca con el aire indolente de un hombre habituado á mirar como legitimo todo medio dirigido á conseguir su objeto. No sucedia lo mismo con Oseas. Era un bribon mas bien que un malvado: el deseo de asegurar el dinero que prestara, y la promesa que tanto el padre como el hijo le hicieran de una considerable suma á coronar el éxito los designios del último sobre la mano de

doña Violeta, eran irresistibles tentaciones para un hombre abatido y despreciado de cuantos le rodeaban, y que no encontraba otro consuelo sino tratando de procurarse los medios de disfrutar lo que todos buscan con igual ahinco. Helábasele sin embargo la sangre en las venas al pensar á que punto quería llevar Giácomo las cosas, y se detuvo para hablar con el Bravo una palabra.

— Asegúrase que tu puñal es certero, buen Jacobo, le dijo á media voz: mano tan ejercitada como la tuya debe saber tan bien herir como matar. Haz una buena herida al napolitano, pero sin que le cueste la vida. El que cñe un puñal al servicio público como tú, quizá no le pesará, cuando se verifique la venida de Shiloh, de haber economizado sus fuerzas en la ocasion.

— ¿Olvidas el oro, Oseas?

— ¡Padre Abraham! y qué memoria tengo para mi edad. Dices bien, prudente Jacobo. Si; tendrás oro en cualquier acontecimiento, con tal que gobiernes las cosas de manera que quede mi joven amigo en disposicion de hacerse dueño de la rica heredera.

Jacobo hizo un gesto de impaciencia porque en aquel momento vió acercarse rápidamente una góndola á una parte solitaria del Lido. El judío pasó á la barca de su compañero, y el Bravo se acercó á fuerza de remo á tierra. Apenas tocó con el pie las arenas, dirigióse precipitadamente hácia los sepulcros en donde hiciera sus declaraciones al que tenia encargo de asesinar aquella noche.

— ¿ Vienes en mi busca? le preguntó un hombre que salió detrás de un montecillo